

DESENCUENTRO EN BEHRING

Gertrudis Payás

Los eohipos del cuaternario, pequeños como perros, trotaban por todo el continente. Algo en sus andares debía ya delatar su futura majestad.

Las tierras del eohipo y los suyos eran anchas; adaptable y móvil, pobló valles y montañas, selvas, páramos y glaciares, de norte a sur, y del Pacífico al Atlántico. En unos lugares creció grande, robusto y pausado; en otros, casi enano, nervioso, todo tendón y fibra.

Sus restos fósiles revelan una gran diversidad de especies y variaciones, cruzándose, encabalgándose y prolongándose durante millones de siglos.

Hace unos 175.000 años desaparecieron de nuestro continente.

Con unos cien mil años de diferencia, algunas manadas habían cruzado el estrecho de Behring en sentido contrario al de los primeros hombres. Del otro lado, proliferaron y se despararraron, fértiles y afortunados, dejándose llevar unos a otros, de nuevo cruzándose y encabalgándose a lo largo del tiempo. Alguna de esas razas de eohipos debió acercarse al hombre más que otras, y se supone que por el año 5000 a.C. aceptó el pacto de domesticación. A partir de entonces, y en todas las culturas de ese mundo, estuvo más ligado al hombre que sus propios hermanos, más querido de él que sus mujeres, más fiable que sus amigos, mas necesario que comida y cobijo.

Aún hoy se les puede ver, entreverados, por los llanos de Mongolia, las caderas del hombre soldadas a su lomo y los brazos libres, las piernas atenuando su cuerpo, el torso del hombre y los cascos del animal fundidos en un

solo movimiento de tres tiempos.

El hombre los hizo suyos, y si no los hubiera hecho suyos, ya no existirían, como dejaron de existir en este nuestro continente, por un desencuentro en Behring.

• • •

Hacer suyo es domesticar, es traducir a lenguaje humano, es hacer el intento de salvación que nos humaniza como ningún otro rasgo humano.

• • •

Veo fósiles: nummulites, trilobites hermosísimos, caracoleados; gratuitos, vivos y mutando por la gracia de Dios, para el goce de Dios. Nadie más los vio, ningún ojo humano se posó sobre estas formas extraordinarias. Ahí estaban, sí, pero sin existir.

El otro, el que ve, el que quiere poseer, el que traduce es el que da vida a las cosas. Las cosas no existen hasta que no son vistas.

• • •

Traducir no es una ciencia, es un delirio de racionalización, es la actitud primordial del hombre; es su instinto y su finalidad.

Nuestra mitología es en este sentido definitiva: Dios crea el mundo y pone en medio al hombre, y lo primero que hace el hombre es dar nombre a las cosas: hacerlas suyas.

• • •

Tuvimos varios años un par de loros; de San Luis Potosí, según parece. Era tan evidente que eran salvajes que ni siquiera tratamos de darles nombre. Nunca serían nuestros. Murieron sin nombre; tristeza de lo salvaje.

Hoy pienso que si les hubiéramos puesto nombre, qué sé yo, Stan y Ollie, o Hernández y Fernández, chance y hubieran sobrevivido.

Traducir para salvar, traducir para preservar de la desaparición. Miles de especies extinguidas por no haber quien las viera, poseyera, tradujera a humano, miles de lenguas y hablantes desaparecidos por no haber quien de ajeno los hiciera suyos.

•••

El hombre nómada suele ir a remolque de algún animal: toda la vida de los Inuits transcurría detrás del reno; los indígenas norteamericanos detrás del bisonte. Nunca los domesticaron.

Desaparecieron los renos y los bisontes, y con ellos los Inuits, los Sioux, los Cherokees, los Mohicanos, los Esklutas, los Anasazi, Navajo, Paiute, Kaibab, Havasupai, Hualapai, Zuni y cientos más.

Desaparecieron porque no domesticaron a su animal-dios. Domesticar al otro es domesticarse a sí mismo. Traducir al otro es traducirse a sí mismo, reconocerse y darse la única posibilidad de supervivencia física y salvación metafísica.

Cuando, en lugar de ahuyentarlos, los hombres empezaron a lanzar los restos de su comida a los lobos que se les acercaban de noche, hicieron que los lobos les siguieran en sus caminos y los protegieran de otros animales.

Hoy lamentamos la pérdida de aquellos antecesores salvajes, sin darnos cuenta de que, al domesticarlos, aseguramos su supervivencia y que de ellos provienen decenas de razas mal denominadas puras, e innumerables, inimaginables y bellísimos mestizajes.

El instinto del hombre sabe que las cosas en estado natural son frágiles e intuye que, apropiándose las, puede asegurar su permanencia. Algo le dice que cuanto más completo es su entorno, más completo es él por dentro. Así que cuando dejamos que se extinga una lengua, un animal o una flor, cuando dejamos que escape a nuestra acción traductora, estamos negando nuestro más íntimo ser, estamos siendo menos hombres.

Y cuando ansiamos volver a ver lobos en nuestras montañas, y osos, y venados, y escuchamos embelesadas lenguas que suenan como trinos en boca de nuestros hermanos, y cuando nos sobresaltamos al pensar que se nos vayan para siempre las Monarca, no hacemos sino reafirmar nuestro íntimo, antiguo y legítimo instinto de conservación, concientes o no, da igual, de que la supervivencia física de ese mundo es condición también de nuestra supervivencia metafísica.

•••

Volviendo al ehipo, les contaré el fin de la historia tal como la refirió el Inca Garcilaso en el decimoséptimo libro de sus *Comentarios Reales*: “Comúnmente, los indios tienen grandísimo miedo a los caballos, en viéndolos correr se desatinan de tal manera que por ancha que sea la calle, no saben arrimarse a una de las paredes y dejarle pasar, y que les parece que por donde quiera que están (como sea en el suelo) los han de trompillar, y así viendo venir el caballo, corriendo, cruzan la calle dos y tres veces de una parte a otra huyendo dél, y tan presto como llegan a la otra pared, tan presto les parece que estarían más seguros a la otra, y vuelven corriendo a ella. Andan tan ciegos y desatinados, del temor, que muchas veces acaeció (como yo lo vi) irse a encontrar con el caballo por huir dél”

Y así es cómo, por no haberse cruzado aquella vez en Behring, luego no se reconocieron.



Adán nombrando a los animales.